

la hacienda. “Vine sólo para decirle que el viejo Hans murió de repente esta noche, y le suplicamos que usted tenga a bien atender al asunto del entierro.”

¡Se había cumplido el sueño del viejo! Pero el hombre más rico del valle resultó ser el pobre trabajador que daba gracias a su Padre Celestial por el pan y el cerdo frito, y no el poseedor de los vastos terrenos fértiles. Hans había entrado triunfante a la presencia de Cristo, quien le compró por su sangre derramada en el Calvario. Su alma salva, Hans entró en las riquezas eternas.

¿Cómo será con usted, apreciado lector? ¿Posee usted los tesoros celestiales como los gozaba aquel anciano noruego? ¿El Señor Jesucristo es su Salvador también? Pregunta la Santa Biblia: ¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?

Las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas, como afirma la misma Biblia. Hay quien aquí atesora para sí lo que forzosamente tiene que ceder en el momento de dejar este mundo y entrar en el venidero. No son ricos con Dios, dice la Biblia.

Los tesoros en el cielo, de los cuales habló el Señor Jesús, serán de los que son hijos de Dios por la fe en Cristo como Redentor de su alma, exclusivamente por su obra en el Calvario. El, siendo rico, se hizo pobre para que nosotros fuésemos enriquecidos. Acepte no sólo el pan de cada día que le da el Dador divino, sino la oferta de salvación por fe en Cristo Jesús.

Si desea una visita o más información, contáctese con:



El Hombre Más Rico del Valle

Un joven noruego se hallaba un día en el portal de su magnífica casa contemplando el panorama de sus terrenos extensos. Había viajado por varios países y visto muchos paisajes pintorescos, pero se decía a sí mismo que nunca había recreado los ojos en vistas tan hermosas como las de su propia heredad.

Decía dentro de sí: “Todo esto es mío.” Como el hacendado rico de la parábola bíblica, había hecho provisión de todo, menos para su alma inmortal. El joven gozaba legítimamente de abundancia de cosas terrestres pero para él lo de menos era el mundo del más allá.

Mientras él miraba la extensión del valle, apareció un empleado suyo con su caballo de monta. El joven saltó a la silla y se alejó al galope. A poca distancia por el camino trabajaba un peón de la finca, el viejo Hans. El peón había acabado de sacar su merienda y, quitado su sombrero, daba gracias al Dador de todo bien cuando escuchó la voz del dueño.

“Hola, Hans, ¿cómo estás hoy?”



“Es usted, señor,” contestó el viejo. “No le sentí acercarse. Es que me hecho un poco sordo últimamente.”

“Sin embargo, parece que estás feliz.”

“¿Feliz? ¡Por cierto que sí! Mi Padre celestial me da ropa y pan diario. Además, tengo cobija y buena cama donde descansar. Mi buen amo, esto es más de lo que gozaba mi Salvador cuando El vivía acá. Yo daba gracias a Dios por todo esto cuando usted llegó.”

El joven rico miraba hacia el pobre almuerzo de Hans. Consistía de rodajas de pan y un pedazo de cerdo frito.

“¿Y será por ese bocado miserable que tú dabas gracias a Dios, pobrecito? Yo me daría por defraudado si eso fuera todo lo que yo tuviera para almorzar.”

“¿Verdad?” preguntó Hans, admirado. “Pero quizás usted no sabe lo que me endulza la vida. Es la presencia de Cristo, mi Salvador, en mi corazón. Pero, mi buen amo, ¿usted me permite relatarle un sueño que tuve anoche?”

“Por supuesto, Hans, cuéntame; yo quisiera escuchar tu sueño.”

“Pues cuando adormecía, pensaba yo en la Patria Celestial y en las mansiones allá preparadas para los que aman en verdad al Señor. De repente me sentí trasladado a las puertas de la Gloria. ¡Qué de hermosura y gloria vi yo! Uno no puede explicar aquello. Por supuesto, no fue más que un sueño, pero había un detalle que yo quería contarle a usted no más.”

El patrón se sentía algo incómodo como queriendo marcharse, pero Hans continuó, como sin darse cuenta.

“Yo sentí una voz que me decía: «Esta noche morirá el hombre más

rico del valle.» Oía una música celestial y de «Aleluya,» y me desperté. Y, mi buen amo, aquellas palabras acerca del hombre más rico del valle fueron dichas con tanta claridad y autoridad que yo quise decírselas a usted. Quizás sean un aviso.”

El dueño se puso pálido pero logró disfrazar el temor que sentía. “¡Locura! Quizás tú creas en sueños, pero yo no.”

Se marchó con apuro. El peón le contempló, y oró: “Oh, Señor mío, ten piedad de su alma, si tiene que morir tan pronto.” Un par de horas después, el joven entró en su casa, un empleado ocupándose del caballo. Se echó sobre el sofá, agitado.

“Qué necio soy, por permitir que el cuento simple de ese viejito ignorante me preocupe. Claro que soy yo el más rico, pero eso de morir esta noche, jamás en mi vida me he sentido mejor. Por lo menos, esta mañana me sentía muy bien, aunque ahora mismo tengo un dolor de cabeza y algo raro en el corazón, como que no funciona muy bien. Quizás mejor que me vea el médico, no por lo del viejo, pero...”

A la tardecita, llegó el médico. El terrateniente tenía fiebre a causa de su agite, pero no sabía explicar su malestar. El médico le examinó y luego se quedó con él un par de horas, empleando toda su habilidad con el fin de distraerle y disipar sus pensamientos lúgubres. Era tarde cuando se dispuso a marcharse, pero de repente sonó el timbre de la puerta. Su sonido asustó a los dos.

“¿Quién será que venga a esta hora de la noche?” preguntó el joven ansiosamente. Sus nervios alterados, sospechaba que algo no estaba bien.

“Que me perdone el haberle molestado, señor”, le dijo otro peón de